FLAMENCO

Vísperas de Semana Santa

IV Cumbre Flamenca

Músicas andaluzas de la Semana Santa. Catedral de Madrid, 6 de abril.

A. ÁLVAREZ CABALLERO

La oportunidad de que esta IV Cumbre Flamenca se celebra en vísperas de la Semana Santa ha dado lugar a una sesión un tanto extraña. Gran parte del público que acudió en multitud a la catedral madrileña hubo de sufrir una amarga decepción. Porque se supone que era un público aficionado al flamenco y que iba a escuchar flamenco, y lo que allí se le ofreció nada tenía que ver con el arte *jondo*.

La pregunta surge inevitable: ¿por qué, siendo la saeta flamenca un cante tan hermoso, el más representativo hoy a nivel popular de la Semana Santa andaluza, y habiendo tan buenos *cantaores* de saetas, no se incluyó en el programa por lo menos una muestra de esta faceta? Misterio, sobre todo teniendo en cuenta que estamos refiriéndonos a un ciclo de arte flamenco y no de celebraciones *semanasanteras*.

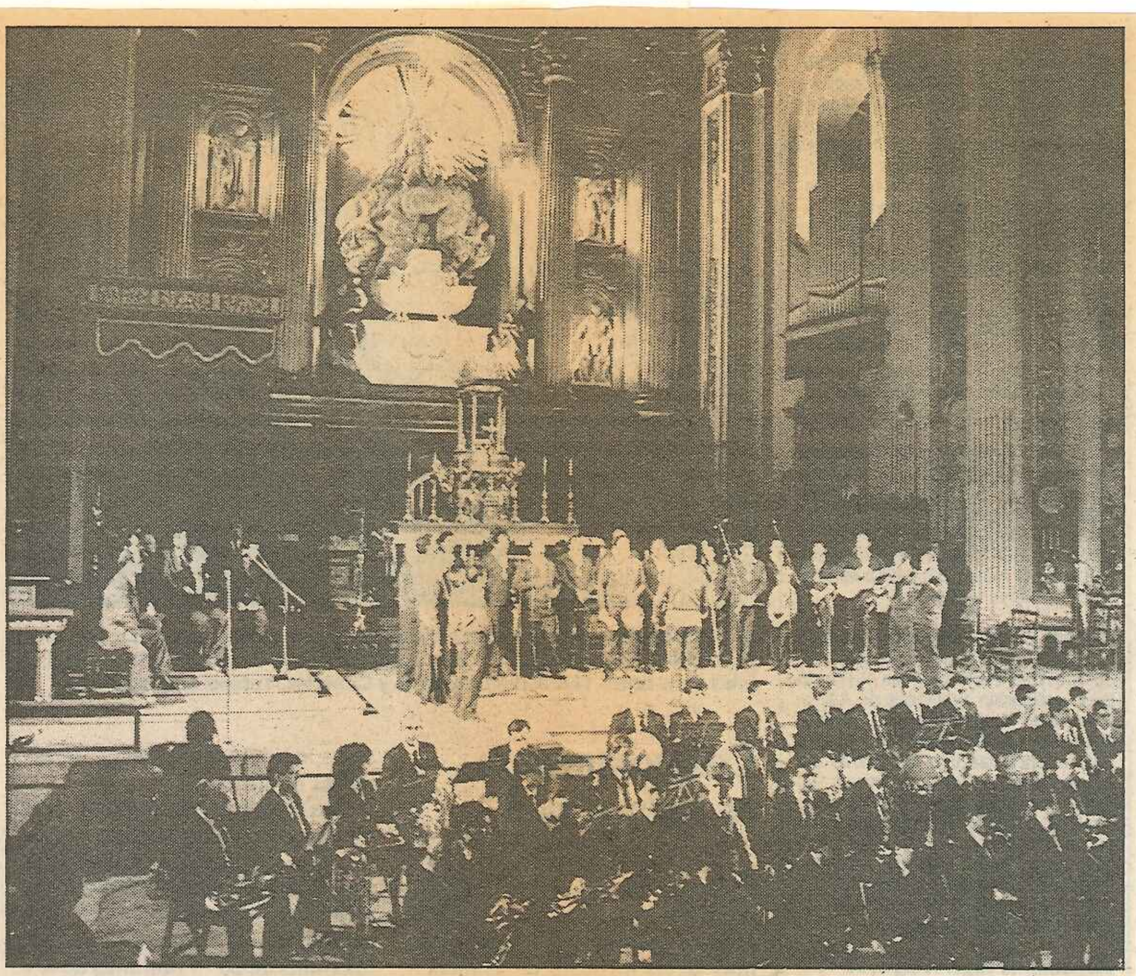
Así que oímos unas músicas, andaluzas, sí, pero todas anteriores a los tiempos en que los *cantaores* flamencos se apoderaron de la saeta para darle su era de mayor esplendor. Las saetas antiguas o primitivas y otros cantos que se nos ofrecieron en la catedral de Madrid son en realidad reliquias de tiempos pasados que se resucitan cada año por este tiempo pero que están casi perdidas. Pura arqueología. En sus lugares de origen, y con la parafernalia propia de estas celebraciones en cada sitio, pueden aún despertar entusiasmos, pero sacados de ese contexto se quedan en ilustración cultural.

De Arcos de la Frontera vino Manuel Zapata para cantarnos la saeta vieja de su pueblo, lo que hizo de manera emocionada, canto liso y llano, de reminiscencias gregorianas.

Espléndida también la saeta del *Carpintero*, que hizo Luis Cabrera, del Coro de Campanilleros de Nuestra Señora de la Soledad, de la Hermandad de Santiago de Castilleja de la Cuesta, conjunto que interpretó un largo y monocorde canto salmodiado sobre temas de la pasión. La niña Gracia Gloria, de Archidona, cantó en solitario la *Embajá del ángel*, una larga melopea monótona y repetitiva.

En Marchena, las saetas primitivas son algo consustancial a su Semana Santa, y la muestra que se nos ofreció tuvo un raro encanto de concierto de cámara. Quizá fuera debido al acompañamiento musical de dos oboes y un fagot. Sus saetas son casi recitadas, aunque a veces adquieren ímpetu y vuelos propios llegando a una cierta grandeza.

Más apreciable es esto en las saetas cuarteleras de Puente Genil. A Madrid vinieron cuatro excelentes saeteros con banda de música. Fue esta parte la que más entusiasmos despertó, y a ello no fue ajeno el número de pontanenses entre el público. Éstos, sí, lo pasaron en grande.



Un momento de la IV Cumbre Flamenca en la catedral de Madrid. MARÍA MORENO

La saeta, en el recuerdo

A. A. C.

La saeta se aflamencó tardíamente. Se cantó en la centuria pasada, aunque las referencias no sean muchas, pero concretamente en Cádiz fueron memorables las madrugadas de los últimos viernes santos del XIX, cuando Enrique el Mellizo se situaba con sus hijos en los cuatro balcones de la casa que habitaban en la esquina de las calles Mirador y Botica y allí retenían el paso del Nazareno interminablemente por obra y gracia de sus espléndidos y simples cantes.

La edad de oro de la saeta flamenca se sitúa en el primer tercio de este siglo con nombres de saeteros sensacionales, como Centeno, Gloria, La Pompi, Macandé, Caracol, Mairena.

Manuel Torre

Se habla de las espeluznantes saetas de Manuel Torre, merced a una de las cuales surgió la costumbre de *mecer* o *bailar* los pasos en la Semana Santa sevillana, porque los costaleros no quisieron perderse el cante de Manuel.

Nada que nos recordara eso oímos en la catedral de Madrid.

El País.

8 de Abril, 1987.